

XIX

El amanecer llegó con un cielo sin preocupaciones. En un árbol cercano los pericos discutían animadamente antes de levantar el vuelo. Manuel al despertar de un profundo sueño, se maravilló del azul del firmamento y el frescor de la mañana como si el horror del día anterior se hubiera esfumado. Pero la guerra seguía su curso. El olor a animal quemado le llenó la boca de un sabor a hiel y se sintió enfermo y asqueado. Buscó un lugar apartado para hacer sus necesidades y por unos minutos se distrajo con el hueco que hacía en la tierra el chorro de su orina. Ya los otros estaban levantados y apresuradamente recogían sus pertrechos para reanudar la marcha.

—Se siente mejor muchacho? —solfcito le preguntó Salazar—.

—Sí señor, pero me duelen todos los huesos—.

—El suelo es duro hijo. —Yo también extraño mi hamaca—.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntaron los otros—.

—Marcharemos a Panamá hoy. El General Herrera ha dado la orden. Atacaremos por el puente mismo. Unos entrarán por la playa del Marañón y el otro grupo a la derecha por San Miguel. A nosotros nos toca el centro. El general Chaux estará al frente. Con la ayuda de Dios podremos vencerlos fácilmente—.

—¿Y qué dice de estos planes de ataque el Coronel Díaz?— preguntó Manuel con tono de duda a sabiendas de los rumores que corrían de las discordias entre los jefes.

El doctor Belisario Porras permanecía en La Chorrera y no había estado presente durante el combate del día anterior. Se decía que iba a atacar a la ciudad por mar pero nadie estaba seguro de nada.

—Después de la victoria de ayer de seguro que encontraremos poca resistencia —los animó Salazar.— Ya verán cómo los cachacos salen huyendo cuando nos vean llegar—.

Manuel por unos instantes envidió el entusiasmo del viejo soldado. La victoria de ayer lo había llenado de tristeza y desasosiego.

—“No he nacido para soldado “—pensó—” Daría lo que no tengo por estar ahora en la playa de Chumico bañándome con mis amigos. . .”—

Comenzó a arreglar sus pertrechos y terminó calzándose las botas que le apretaban cada día más. Con tanta humedad el cuero estaba duro y áspero. Tenía hambre; después de la vomitadera del día anterior, sentía el estómago pegado al espinazo. Se dirigió a buscar algo que comer donde las guarichas cocinaban lo poco que tenían. A él, sólo le tocaron dos pedazos de yuca hervida, pero se sintió mejor. Pastor lo andaba buscando para que marcharan juntos

—¿Por qué está cojeando Pastor? ¿Qué tiene en el pie?—

—No es nada Manuel. Ayer cuando corríamos tropecé con una piedra y me corté.

La mayoría de los soldados andaban descalzos; los zapatos y

alpargatas había ido destrozándose por la larga marcha y las lluvias. Muy pocos tenían uniformes y sólo algunos oficiales andaban a caballo. Pero aún así, ese ejército compuesto de hombres mal armados y peor vestidos marchaban con entusiasmo, convencidos de la justicia de su causa.

Salazar, preocupado, miraba a su alrededor, evaluando la topografía del terreno que iban cubriendo. No le gustaba los manglares que los rodeaban por ambos lados como si estuvieran en un corredor. Al llegar a Perejil se detuvieron con órdenes de acampar hasta el día siguiente.

Amaneció el veinticuatro de junio de 1900 como un día cualquiera, algo nublado y bastante caluroso. Los pericos seguían su eterno debate de árbol en árbol en su alegre bullanga sin importarles los preparativos de batalla.

La orden de ataque fue dada desde temprano. El General Herrera se había empeñado en tomar la ciudad por el centro, a pesar de que le habían advertido los peligros de tal estrategia. Ya había sido informado del atrincheramiento del enemigo en el área pero decidió imponerse por la fuerza. Manuel y los suyos, incautos marchaban por el camino de San Miguel rumbo al puente sin saber que iban a una muerte casi segura. Con gritos de ¡Viva el Partido Liberal! se lanzaron a la batalla que tan caro les costaría.

Los conservadores, bien atrincherados detrás de las barreras que se extendían desde La Boca hasta el puente, no abrieron fuego sino hasta que los atacantes estuvieron casi encima. Las trincheras se extendían a más de quinientos metros a la izquierda del puente con las ametralladoras del mercenario norteamericano dominando la entrada del puente. Los revolucionarios comenzaron a caer rápidamente, víctimas del fuego mortífero que los abatía; una y otra vez se levantaron tratando de seguir adelante pero el ataque era infructuoso. Manuel luchaba rodeado por los valientes negros caucanos de la división que a pesar de la enorme cantidad de heridos y muertos trataban de seguir adelante con el Coronel Díaz al frente. Pronto perdió la noción del tiempo y su mundo se convirtió otra vez en una pesadilla de pólvora y sangre. Hombres y animales caían a su alrededor sin poder defenderse del constante tiroteo

de las ametralladoras. Los minutos se convirtieron en horas y aún seguían luchando por llegar al fatídico puente. De repente, a través del fragor de la batalla, Manuel oyó el grito de espanto de Salazar.

— ¡A mí, hombres. . .! Han herido al Coronel Díaz — Tenemos que ayudarlo.

—A pesar de la lluvia de balas que los rodeaban todos trataron de dirigirse hacia donde veían al negro Salazar tratando de sostener al Coronel Díaz encima del caballo pero el militar, herido de muerte se desplomaba sobre su montura. Antes de llegar a su lado, Manuel vio horrorizado cómo Salazar y el caballo eran alcanzados por un proyectil de artillería que los hizo caer en una nube de polvo mezclada con la sangre de los tres. Ese fue el último momento que Manuel recordó de la batalla, en ese instante recibió el impacto de una bala en la cabeza que lo hizo tambalearse y caer inconsciente. Volvió en sí horas después. Creyó ser ya cadáver pero el intenso dolor que sentía en el pecho y la cabeza le hizo recuperar conciencia de sus alrededores. Trató de moverse pero sentía las piernas como muertas.

—“ ¡Estoy paralizado. . .!”— pensó con espanto. —“ ¡Ayúdame Dios mío. . .! No puedo moverme!”— Intentó sentarse y se dio cuenta que sobre él descansaba el cadáver de un caballo, con el peso de su enorme cuerpo sobre sus piernas y por ello no podía moverse. No se oía el ruido de la artillería y solamente lo rodeaba un silencio interrumpido de vez en cuando por los quejidos de los heridos. El comenzó también a lamentarse dominado por el dolor que lo acosaba, hasta que unos hombres se acercaron a ayudarlo. Manuel no los reconoció y por unos instantes temió que fueran del enemigo. Con dificultad lograron levantar al animal muerto y al fin pudo sentarse. Las piernas comenzaron a revivir y se alegró de sentir los agujonazos que le hicieron saber que aún estaba vivo. Había estado inconsciente por más de seis horas y ya el sol iba cayendo en el horizonte. El olor a putrefacción hirió su olfato; hasta donde alcanzaba su vista yacían hombres y animales muertos o heridos en graves condiciones. Manuel sintió un nudo en la garganta y le preguntó al soldado con voz trémula:

—¿Qué ha pasado compañero? ¿Qué ha pasado?— El más

viejo de los tres soldados le constestó con gravedad:

—Perdimos la batalla muchacho. Han dado un cese al fuego para recoger a los heridos y tenemos que quemar a los muertos antes de que se desate una epidemia. Los godos nos han diezclado. Esto ha sido una masacre. . .!— Entre los tres ayudaron a Manuel a levantarse y luego lo condujeron con cuidado a un costado del campo de batalla. Donde lo dejaron sentado debajo de un árbol: un dolor intenso le punzaba el costado cada vez que respiraba profundamente y la herida que tenía en la cabeza todavía le sangraba. Se tocó el cuero cabelludo dándose cuenta que la bala solamente lo había rozado y la lesión era superficial. Todo le daba vueltas alrededor y volvió a desvanecerse. Cuando volvió en sí la presencia de la muerte le invadió los sentidos. Casi había oscurecido pero aún podía divisar a grupos de soldados que apilaban los cadáveres de sus compañeros y rociándolos con querosén les prendían fuego. El olor enervante a carne quemada le hizo sentirse nauseado y cerró los ojos para no ver el deprimente espectáculo. Uno de los soldados que lo había ayudado por la mañana vino a sentarse a su lado.

—No hago más nada —rezongó— Que vengan los jefes que nos metieron en este atolladero a quemar muertos. Yo me voy ahora mismo para mi casa—.

—Señor, de dónde viene usted?— le preguntó Manuel débilmente.

—Soy de Chepo y me voy de aquí antes de que comiencen a aniquilarnos otra vez—.

—Va a ser difícil marchar hacia ese rumbo— le dijo Manuel, que se había familiarizado bastante con la topografía del área estudiando los mapas con Salazar.

—Sí llegaremos por mar. Podemos embarcar en Farfán —le dijo el hombre— somos bastantes los que no estamos anuentes a continuar la lucha; nos han traicionado y no vale la pena seguir adelante—.

—Yo me voy con ustedes— dijo Manuel. —Mis heridas no son de gravedad y puedo caminar—.

El soldado lo miró dudoso al ver la sangre que le manchaba la cabeza y toda la camisa y encogiéndose de hombros le dijo:

—Está bien; puede venir con nosotros si soporta la marcha. Partiremos en una hora cuando esté bien oscuro—.

—Quédese aquí sentado y regresaremos a buscarlo— levantándose el hombre se fue en pos de los compañeros que afanosos continuaban su macabra tarea.

Así se inició el desbande del ejército liberal, vencido y desmoralizado, después de la batalla del Puente de Calidonia en donde más de seiscientos jóvenes liberales perdieron la vida. La guerra había terminado sin honor para los dos bandos.

CARTA ENVIADA POR A.W. WATTS, VICE-CONSUL DE
LOS ESTADOS UNIDOS EN PANAMA A MR. J.B. WATTS,
FECHADA JULIO 31, 1900

Querido padre:

La guerra entre el gobierno conservador y los rebeldes del partido liberal ha terminado. Hace tres días que se firmó el tratado de paz y cesaron las hostilidades. Ocurrió lo que le anuncié en mi carta anterior: los rebeldes atacaron la ciudad de Panamá de frente y se metieron en un embudo. Ya casi cerca del puente de Calidonia fueron masacrados por las fuerzas del gobierno. Imagínese que tuvieron más de seiscientas bajas y si no es por la mediación de los Cónsules extranjeros hubiéramos tenido una epidemia. Los muertos yacieron al sol por muchas horas y hubo que quemarlos rociándolos con querosén. ¡Muy desagradable. . .! Los rebeldes se desbandaron después de la batalla y tuvimos que recurrir a la ayuda de marinos franceses e ingleses para que ayudaran con los muertos y heridos. Todavía me encuentro algo enfermo por el olor a carne quemada, pues tuve que ser testigo de todo, ya que el señor Cónsul me envió como observador al campo de batalla.

En mi opinión, el gobierno ha sido demasiado magnánimo. Ha permitido que los rebeldes y sus dirigentes evacúen el área de combate sin perseguirlos y se llevaron consigo todas sus armas y piezas de artillería. Yo creo que este gesto les va a costar muy caro en el futuro porque desconfío mucho de que esta gente finalmente se haya dado por vencida. Por ahora, el gobierno domina la situación, pero no dudo que las hostilidades comiencen nuevamente.

Hemos oído rumores de que hay indios armados en la serranía que serán difíciles de vencer por lo escabroso del terreno en donde operan.

Por ello vuelvo a suplicarle que se ocupe usted de pedir mi traslado de este lugar infernal antes de que pueda sucederme una desgracia. Recuerde que las balas no respetan nacionalidades. . .

Por su intermedio le envío un abrazo a mi madre y hermana y

reciba usted el saludo afectuoso de su hijo con el respeto que usted se merece.

Albert.

NOTICIA APARECIDA EN EL NEW YORK TIMES,
SECCION DE TEATRO, AGOSTO 15, 1900

“Con gran despliegue de lujo se casó ayer Miss Madge Williams, la talentosa corista de la revista musical del Palladium, con el Conde Armando Delacruet, muy conocido en los círculos teatrales por haber sido patrocinador y empresario de varias revistas musicales en New York, Londres y París. Este es el tercer matrimonio del Conde y el primero de la Señorita Williams. Famosas personalidades acompañaron a la pareja en una fastuosa recepción celebrada en la terraza del Hotel Plaza. En su viaje de luna de miel los recién casados se embarcaron rumbo a Europa en el trasatlántico “La Belle de France”. Se espera que los esposos Delacruet fijen su residencia en París y New York. Fervientemente deseamos que el matrimonio no aleje de las tablas a tan consagrada actriz y hacemos votos por su felicidad”.

NOTICIA APARECIDA EN EL “STAR & HERALD”,
PANAMA, AUGUST 30, 1900

“En Circunstancias misteriosas muere de un disparo en la cabeza joven Vice-Cónsul de la Embajada Americana, A.W. Watts. El consulado y la embajada se han negado a hacer declaraciones al respecto. Sólo informaron que fue un desafortunado accidente ocurrido cuando el señor Watts se dedicaba a limpiar un revólver de su propiedad. Los restos mortales del señor Watts serán trasladados a la ciudad de New York en donde reside su familia y allí recibirá cristiana sepultura. Paz a su tumba”.

XX

—Ya no puedo más. Necesito descansar—.

—Animo, muchacho, falta poco para llegar—. A lo lejos se oía el ruido esporádico de la artillería y fusilazos. El sol, alto en el horizonte, quemaba las cabezas con su fuego inclemente. Manuel, sostenido casi en vilo por los dos chepanos, trataba inútilmente de seguir adelante en el camino a Farfán. El dolor que sentía en el pecho era cada vez más intenso y casi no podía respirar. Había vomitado sangre negra dos o tres veces y sin querer, se acordaba de Francisco cuando se murió de tisis.

—“Debo tener algo malo en los pulmones y me voy a morir”— pensó asustado.

—Grupos de hombres desarraigados, muchos heridos, iban en desbandada por el mismo camino, huyéndole al terror de la batalla perdida. Unos a pie y otros a caballo, sosteniéndose como podían,

perdidas la fe y el entusiasmo de unos días antes. Los hombres que ayudaban a Manuel acabaron por cansarse y lo dejaron sentado a la sombra de un tamarindo convencidos de que el muchacho se moría. Manuel, exhausto por la larga caminata y debilitado por la pérdida de sangre y la falta de alimento, se durmió a los pocos minutos. Cerca de la medianoche despertó sobresaltado. Había soñado con su padre y lo veía feliz y sano construyendo uno de sus botes. Después, el sueño se llenó de sombras amenazantes que lo torturaban sin piedad y por mucho que trataba no podía precisar quiénes eran sus verdugos. Se despertó acuciado por una sed intensa que agravaba aún más el intenso dolor que sentía en el pecho y la cabeza.

Comenzó a quejarse en voz alta con la esperanza de que alguien acudiera en su ayuda. La oscuridad lo llenaba de temor. Los mosquitos zumbaban en sus oídos y lo picaban sin piedad y la lengua seca le llenaba la boca y casi no podía gritar.

— ¡Ay. . . Ay. . . auxilio . . . socorro. . . ! ¡Por caridad, auxilio!—

Pero sólo el chirrido de los grillos contestaba sus quejas cada vez más débiles. Perdió la noción del tiempo y le pareció que la muerte andaba sobándole la espalda. Casi al amanecer alguien contestó su llamado.

—Eres ánima de este mundo o del otro?— Le preguntó asustada una voz de mujer.

—Estoy herido. Por favor ayúdeme que me estoy muriendo de sed.

A su lado llegaron dos mujeres que iban huyendo del campo de batalla con el resto del ejército liberal. Entre las dos lo ayudaron a incorporarse y le trajeron agua en una vasija del arroyo vecino. La más joven lavó la herida de la cabeza y el agua fría lo reanimó un poco.

—Vamos a Arraiján. Allí estará a salvo —dijo la vieja— apóyese entre las dos y así le será más fácil caminar—.

Al mediodía llegaron a la casita de quincha situada cerca del camino principal. Manuel casi no podía sostenerse. El agua que le habían dado a beber le produjo náuseas intensas y había vomitado todo el trecho. Las mujeres incansables lo habían arrastrado hasta llegar a la casa. Lo acostaron sobre unos trapos en un rincón y Manuel volvió a perder el conocimiento.

Por dos semanas estuvo entre la vida y la muerte; el caballo al caerle encima, le había fracturado varias costillas y cada vez que tosía le salía sangre roja y espumosa por los labios cuarteados por la fiebre. Las mujeres le daban purgantes de totumito con miel para limpiarle el estómago, que lo debilitaban aún más.

Finalmente, su fuerte constitución lo ayudó a restablecerse. Se despertó un día con hambre y sorprendido de no sentir el dolor aguijoneándole el pecho. La yuca hervida le supo a gloria y por primera vez miró con curiosidad el lugar donde se encontraba y conversó con las mujeres que lo cuidaban con tanto esmero. Así fue enterado de que vivían solas y eran madre e hija. El marido de la última se había ido hacía varios meses con el ejército liberal y no habían sabido nada de él. Cuando las tropas liberales pasaron por Arraiján, las dos se habían dedicado a cocinar para el ejército y con sus pailas en la cabeza los habían seguido hasta el desastre del Puente de Calidonia. La más joven se llamaba Luisa y cansada de su soledad miraba a Manuel con franca admiración. La vieja, convencida de que el yerno no regresaba de la guerra, trataba de convencerlo de que se quedara con ellas. Necesitaban de alguien fuerte que cultivara la tierra roja y dura que rodeaba la casita; además, en esos tiempos de guerra tan inseguros hacía falta un hombre cerca que las protegiera de los forajidos que rondaban los caminos.

Manuel solamente soñaba con ponerse bueno para ver cómo podía regresar a Chumico. Estaba totalmente desilusionado de la guerra y se juró a sí mismo no dejarse arrastrar jamás a una aventura así. ¡Qué lejos estaban los días en que el toque del clarín le parecía hermoso y su pecho se hinchaba de fervor patriótico! Sus noches estaban pobladas de pesadillas de sangre y muertos y a menudo despertaba bañado en sudor frío después de haber visto

nuevamente a Salazar, despedazado, tratando de ayudar al Coronel. No; la guerra no era lo que él se había imaginado. Se había despojado de su vestido de gloria y debajo sólo tenía podredumbre y miseria.

A las cuatro semanas de estar en Arraiján aunque se sentía débil se dio cuenta de que no se moría: ya podía dormir en la hamaca sin que le doliera el pecho y la fiebre dejó de sacudir su cuerpo.

—Manuel, ¿qué le sucede?— despertó sobresaltado y a su lado estaba la presencia solícita de Luisa que se había despabilado al oírlo hablar en voz alta en medio de una de sus pesadillas de muertos sin enterrar.

En la oscuridad del cuarto el olor y la voz de la mujer le recordaron a Lastenia y dejándose llevar por el deseo que despertaba en su cuerpo aún débil, la enlazó entre sus brazos y otra vez volvió a ser un hombre completo. Por primera vez en muchas semanas durmió sin preocupaciones con su cara metida entre los pechos de la mujer. La vieja, a sabiendas de lo que había ocurrido, comenzó a darle órdenes a Manuel al día siguiente como si ya fuera el yerno que tanto deseaba.

“Tengo que irme de aquí y cuanto antes mejor” pensó Manuel sintiéndose algo culpable.

La devoción de la muchacha lo envolvía como en una red y la incomodaba. Una mañana bien temprano cuando Luisa dormía con su sonrisa de niña contenta en los labios, Manuel se fue de Arraiján sin decir adiós. No quería ver las lágrimas de la muchacha ni escuchar los reproches que la vieja seguramente le haría. Cuando regresara a Chumico vería la forma de pagarles sus atenciones. Pero nunca más se acordó de ellas y se fue sin saber que Luisa estaba embarazada cuando la dejó.

En las playas de Farfán se quedó varios días buscando la forma de embarcarse y salir de allí. Finalmente consiguió que unos pescadores lo llevaran hasta Otoque de donde salió en un bongo

rumbo a San Miguel. Llegó a la isla cuatro meses después de la batalla del puente y casi ocho desde su salida de Chumico. Muchos por ese rumbo habían perdido parientes en la fatídica campaña y existía gran desilusión con la causa liberal ya que todos estaban enterados de que las desavenencias en el alto mando, habían causado el desastre. Se decía que el General Vásquez, oriundo de San Miguel, había logrado escapar y estaba escondido en algún lugar de la costa por miedo a represalias a pesar de que el gobierno conservador había anunciado una amnistía general para todos los combatientes. El no había querido abandonar el Istmo como los otros; se quedaba a continuar la lucha hasta el fin. Cuando Manuel llegó a la isla todos lo interrogaban, ansiosos de oír los pormenores de la guerra, pero él permanecía en silencio. No podía hablar de batallas ni hechos heroicos que sólo le traían a la mente la visión espantosa de los muertos sin enterrar y el olor a carroña que inundaba su olfato. Se mantuvo alejado de todos los curiosos en casa de sus tíos en espera del transporte para Chumico.

Hundida "La Princesa" que era el barco que hacía recorrido periódicamente, se hacía difícil llegar a su pueblo. Nadie había visto a "Mi Destino" desde que se había alejado de la costa de Chame y Manuel sospechaba que había sido destruido por alguna fragata del gobierno. Cansado y todavía algo enfermo se pasaba las horas en la playa buscando la forma de regresar a Chumico. Finalmente consiguió que unos pescadores lo llevaran sin cobrarle nada porque no tenía con qué pagarles. Entraba el mes de diciembre cuando Manuel avistó la Punta Pericos que señalaba la entrada de la bahía de Chumico. Con lágrimas en los ojos se arrodilló en la playa al desembarcar, dándole las gracias al Cristo por haberlo devuelto con vida a su amado pueblo. Para Manuel, la guerra había terminado.

XXI

Desde su balcón, Felicia le avisó a Leonor.

—Felicia. . .Felicia. . .Asómese. Llegó Manuel Muñoz de la guerra.

—Doña Matilde oyó desde su casa los alaridos de la mujer y salió al balcón para enterarse del porqué de la algarabía.

—Cómo se enteró usted Felicia? Yo no lo he visto—.

—Llegó hoy al medio día y mandó a buscar a Juancho enseguida. Viene muy cansado y no quiere ver a nadie. Creo que está enfermo—.

—Y qué cuenta de los otros que se fueron con él? Nadie más ha regresado—.

—El no sabe nada de ellos. Dice que se perdieron de vista

durante la última batalla y teme que han muerto. El último combate fue algo horrible—.

Doña Matilde estirada sobre el balcón alargaba en vano el pescuezo tratando de oír la conversación entre las dos mujeres sin lograrlo.

— ¡Dios mío! ¿Qué habrá sido de Pastor? ¡Pobre Agustina con dos hijos y sin marido! El siempre fue un buen hombre—.

—A lo mejor regresa cualquier día de éstos, como Manuel. Nadie está seguro de nada todavía. Dicen que las fuerzas liberales se han dispersado por todo el Istmo huyéndole a los cachacos. Muchos andan escondidos y si Dios quiere, Pastor volverá un día de éstos. Hay que tener fe en Dios—. Bajando la voz le dijo a la otra que escuchaba atentamente.

— ¡Sabe usted Leonor que esa desvergonzada de Lastenia bajó hasta la playa cuando se enteró de que Manuel había llegado? Dicen que lo abrazaba como loca delante de todo el mundo. ¡Imagínese dar un espectáculo así una mujer preñada del marido de otra! Ya tiene la barriga bien grande y le toca dar a luz pronto—.

— ¡Dios mío. . .! ¡Pobre Carmen. . .!

Doña Matilde, desanimada, acabó chillando sin poder contener su curiosidad.

—Hable un poquito más alto Felicia que yo también quiero oír de la guerra. . .!— Las otras dos la miraron de malhumor.

—Esa mujer quiere saberlo todo. . . — masculló Felicia metiéndose en su casa y dejando a Matilde con la palabra en la boca y con las ganas de enterarse del chisme.

Manuel había encontrado a Carmen algo retraída. Lo recibió con efusión teñida de cierta frialdad. La hija de ambos ya estaba gateando por toda la casa y se parecía mucho a Manuel. Carmen la

había bautizado con su nombre y el de Eugenia, en honor a la tía que tanto quería. Durante la prolongada ausencia de Manuel, había continuado enseñando en la escuela y en sus ratos de ocio se la pasaba rezando rosarios en la iglesia rogándole al Cristo que le devolviera a Manuel sano y salvo. Por las otras mujeres se había enterado del embarazo de Lastenia y aunque se había resignado a la infidelidad del marido en el fondo de su alma jamás lograría perdonarlo. Ella no se merecía un maltrato así, después del sacrificio que había hecho casándose con él. Manuel le contó poco de los pormenores de la guerra; le costaba trabajo hablar de esas cosas y prefería guardar sus recuerdos para sí mismo. Carmen se dio cuenta de la reticencia del marido y no trató de indagar mucho; vivían en constante zozobra de que llegaran otra vez los soldados y ahora no sería fácil deshacerse de ellos. Manuel se sentía enfermo física y espiritualmente. No tenía nada suyo; había perdido el barco que tantos esfuerzos le costara. Nadie había visto a "Mi Destino" y él estaba seguro de que había naufragado. Hasta la casa en donde vivían era propiedad de pueblo, al ser parte de la escuela.

Tres semanas después regresó Nicolás de la guerra. Venía con otros dos que habían escapado con vida después de la batalla del puente. Manuel se llenó de alegría al ver al hermano a salvo y por primera vez desde su llegada al pueblo bajó a la playa a saludar a los amigos y vecinos que estaban preocupados al verlo tan cambiado. Ya no era el muchacho alegre que se había ido de Chumico entusiasmado a luchar por la causa liberal. Nicolás había escapado con los de Chiriquí y no había podido regresar a Chumico hasta ahora. Llegó contando historias de las hazañas de los cholos que comandaba el General Victoriano Lorenzo quienes se habían negado a deponer las armas y en las montañas de Coclé seguían realizando actividades guerrilleras que mantenían la llama de la revolución viva. Su entusiasmo llenó a Manuel de congoja: los horrores que le había tocado vivir le había hecho aborrecer la guerra. Ahora lo único que le quedaba hacer era trabajar para poder comprar otro barco. Otra vez tendrían que bucear la ostra perliífera ya que esa era la forma más rápida de levantar su capital.

En enero, Lastenia dio a luz un hermoso niño sin ningún problema y lo bautizó Manuel como el padre. El la acompañó durante

el alumbramiento y se mostró orgulloso de tener un hijo. Carmen, sin hacerle recriminaciones, se tornó aún más silenciosa y rezadora y Manuel pasaba cada vez más tiempo en la casa de la otra mujer. Los dos hermanos comenzaron nuevamente a bucear a pesar de las protestas de las mujeres. Manuel, pronto se dio cuenta que no descendía tan rápidamente como antes ni podía permanecer abajo por largo tiempo. Le dolía el pecho del lado que había recibido el

Finalmente cayó enfermo con unas fiebres que lo tuvieron delirando casi un mes. Ni el mismo Amelio Recuero encontraba el remedio para aliviar su mal. Josefa no se separaba de su lado temerosa de perder al otro hijo y Carmen rezaba día y noche espantada al oír de labios del enfermo las alucinantes descripciones de los muertos y fantasmas que poblaban su memoria. Tres veces al día lo bañaban con agua bendita y lo untaban con manteca de culebra que Amelio le trajo. La juventud de Manuel acabó por vencer la congoja que aprisionaba su mente y poco a poco comenzó a recuperarse. Ya nunca más volvería a bucear; el mar se había tragado a su único hermano. Muerte corriente, muerte de pescadores. Pero no podía aceptarlo así. La resignación cristiana no era una de sus virtudes y a pesar de los consejos de Carmen y Josefa, seguía atormentado por la aflicción que la pérdida de Nicolás le producía. Languidecía sentado en un taburete de cara al mar. Por mucho que trataban las mujeres no lograban extraerle ni media palabra al día. Así andaban las cosas cuando en febrero llegó a Chumico una fragata colombiana que al entrar en la bahía comenzó a cañonear al pueblo. El pánico sobrecogió de inmediato a todos sus habitantes que sin tratar de averiguar lo que estaba pasando huyeron monte arriba dejando desiertas las casas y calles. Solamente Ah Sing se quedó sentado frente a su tienda acompañado de Jonás debajo del palo de mango en donde ondeaban la bandera china. Los soldados al desembarcar hicieron prisionera a la señora Leonor, que había regresado del monte a cerrar el gallinero, temerosa de que le robaran su cría de gallinas finas. Iban de casa en casa abriendo las puertas a patadas sin encontrar a nadie. Al llegar a la vivienda de la maestra encontraron a Carmen en la salita, meciéndose tranquilamente con la niña en los brazos como si nada estuviera ocurriendo. Con altanería se dirigió al Sargento que la miraba con sospecha.

—Y usted quién es? Yo soy la maestra del pueblo y no recuerdo haber dado permiso a ninguno de ustedes para que entren a mi casa de esa forma. Me parece que están abusando de su autoridad. . . —.

—Señora, nosotros tenemos órdenes de poner en prisión a todos los liberales que participaron en la última rebelión. Se ha declarado la ley marcial en el Istmo— le contestó el soldado con malas maneras.

Carmen intentó protestar nuevamente por la invasión a su hogar, pero el oficial la mandó a callar groseramente y salió de la casa en busca de los rebeldes, sin notar el abultado rollo de alfombra parado en una esquina del cuarto. Allí estaba escondido Manuel pero los soldados no se habían dado cuenta de la estratagemma. Cuando se alejaron Carmen suspiró aliviada pues estaba casi segura de que lo iban a encontrar.

En la playa, Ah Sing arrodillado con los brazos en cruz, abogaba por doña Leonor, convencido de que la iban a fusilar, porque la vieja rebelde llenaba de improperios a los soldados que la custodiaban. Los soldados permanecieron en el pueblo varias horas sin que nadie regresara. Finalmente se embarcaron dejando a Leonor en libertad. La fragata al salir de la bahía volvió a bombardearlos destruyendo varias casas entre las que se encontraba la de Juancho. Cuando los chumiqueños se atrevieron a regresar encontraron al pueblo medio arrasado por las balas de cañón. Solamente la iglesia estaba intacta. Ah Sing, imperturbable, recogió la bandera para guardarla en la alacena. Tres días más tarde salieron de Chumico, Manuel y Carmen acompañados por varias familias rumbo al sembrado río arriba en el monte, en busca de refugio seguro por si acaso regresaban los soldados. Hasta allá, no se atreverían a seguirlos.

XXII

Se quedaron viviendo en el monte casi dos años. El comienzo de la nueva vida sin ninguna comodidad y rodeada de alimañas fue difícil para Carmen. Pernoctaban en ranchos sin paredes, techo de guágara y piso de caña brava, elevados de la tierra por pilotes para protegerlos de la humedad de las lluvias. Por las noches, con dificultad se amparaban de los voraces mosquitos, con toldos hechos de lona que los envolvían en un calor angustioso. Los hombres pasaban los días trabajando los sembrados de arroz, maíz y caña de azúcar. A duras penas le arrancaban a la selva pedazos de terreno para los cultivos disputándose cada palmo con las voraces hormigas, arrieras y otras plagas que engullían cuanta semilla sembraban. Noches interminables de sombras y ruidos extraños que llenaban a Carmen de terror. Allí aprendió a vivir con Manuel sin amor; la ternura de los días de la convalecencia del marido, había sido reemplazada por la monotonía de la costumbre. Carmen acabó por habituarse aceptando su suerte con resignación. Después de todo, se merecía el castigo divino por haber desafiado la voluntad materna. Pasaba la noche rezando debajo del toldo mientras Manuel se

hacía el sordo para no escuchar las quejas de la mujer.

—Perdóname Dios mío, te he ofendido. Me pesa de todo corazón. Disculpa señor a esta pobre pecadora. Hágase tu voluntad y no la mía—.

Las otras mujeres habían vivido en el sembrado en ocasiones anteriores y parecía no importarles las dificultades que estaban atravesando. Lavaban la ropa en el río con jabón de corozo y cocinaban en grandes fogones de piedra, usando leña como combustible. La maestra ya no enseñaba; los chiquillos tenían que trabajar a la par de los padres. Carmen pasaba los días leyendo a su hija en voz alta los pocos libros que se había traído del pueblo. Carmen Eugenia, que rebosaba de vitalidad jugaba feliz con los otros chiquillos ignorante de peligros y dificultades. De Chumico seguía llegando gente que venía huyéndole a la guerra que arrasaba los pueblos de la costa. Los soldados hacían frecuentes incursiones al pueblo y hasta habían fusilado a un hijo de Pastor que encontraron borracho durmiendo en su bote. En el resto del Istmo los liberales luchaban nuevamente en contra de las fuerzas del gobierno. Los viajeros que llegaban de la capital venían llenos de noticias de las hazañas del cholo Victoriano Lorenzo y del General Domingo Díaz.

Manuel no quería escuchar más historias de la guerra; poco a poco se había librado de sus noches de pesadilla y prefería olvidar. La lucha armada no era asunto de humildes pescadores como los chumiqueños; después los políticos se arreglaban entre sí y nadie se acordaba de los muertos.

Carmen estaba nuevamente encinta. Tuvo un embarazo difícil, plagada de achaques y enfermedades. Felicia y las otras mujeres se esmeraban cuidando a la enferma que ojerosa y débil pasaba los días hundida en una hamaca descansando. A los ocho meses parió un hijo que murió casi al nacer. Era un niño enclenque que no se parecía a nadie. Carmen adoptó la actitud de mártir que acepta sus sufrimientos. Manuel lloró al hijo con todas las lágrimas que tenía guardadas desde la muerte de Francisco. Lloró por el barco que tuvo que destruir para enterrar al padre, por los soldados muertos en la guerra, por el hermano devorado por el tiburón. Ríos de

llanto surcaban su rostro mientras enterraba al recién nacido, envuelto cuidadosamente en un pedazo de lona, porque en vano buscó un tablón con qué fabricar un ataúd. Rodeado de inmensos árboles, carecía de las herramientas para cortarlos. En la huida precipitada del pueblo casi todos los utensilios se habían quedado atrás. Los soldados se habían encargado de confiscar todas las cosas útiles que encontraron en las casas abandonadas por sus ocupantes. Cuidaba de la tumba a diario para cerciorarse de que no era violada por alimañas. Se encerró en un silencio hostil y siguió trabajando de la mañana a la noche; a pesar de lo cansado que llegaba al rancho ni aún así podía conciliar el sueño con facilidad. Esta vez Carmen se negó a guardar la cuarentena. A los ocho días de parida se bañó en el río para consternación y escándalo de las otras mujeres que aseguraban que la maestra se iba a morir por su imprudencia. Pero no le sucedió nada y se recuperó del parto con rapidez.

Arrodillada en el rancho, recibía cada mañana con sus oraciones, preparándose para aguantar otro día más de sufrimientos y privaciones.

—Altísimo Dios y Señor mío. Bondad infinita a quien amo sobre todas las cosas y a quien me pesa haber ofendido. Hágase tu voluntad Señor. Acepto todas estas tribulaciones como justo castigo por mis pecados—.

Las infidelidades de Manuel, la guerra, los insectos, las privaciones. . . castigo divino. La voluntad del Dios inmisericorde.

—Señor ten piedad. . . Cristo ten piedad. . .—.

—Una buena mujer —se decían todos. Es tan devota. La pobre, a pesar de tanto sufrimiento no se queja de nada. ¡Una gran dama! Se ve que tiene educación—.

—Juancho, cuándo nos vamos de aquí? —preguntaba Manuel— ya no aguanto más—.

Extrañaba el mar y su vida feliz en el pueblo y sobre todo el cuerpo de Lastenia, ansioso y sin reticencias que tanto placer le

proporcionara. Estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier peligro con tal de salir del monte pero Juancho siempre acababa por convencerlo de que no valía la pena exponerse a perder la vida a mano de los soldados. Del pueblo llegaron unos cuantos en busca de alimentos para los que allá quedaban.

—Es un milagro que la iglesia esté en pie —les contó Romualdo—. Los soldados han bombardeado al pueblo varias veces. De las casas que pegan con la playa ya quedan pocas sin derrumbarse—.

En Chumico sólo quedaban unas cuantas familias además de Ah Sing y Amelio Recuero. Gente obstinada que se negaba a huir a pesar del peligro. Cuando avistaban a la fragata entrando en la bahía salían huyendo al cementerio y allí se quedaban hasta que los soldados se iban. Hasta allá arriba no llegaban los cañonazos. Cuando las nefastas visitas cesaron, cautelosos aguardaron los acontecimientos. Por varios meses ningún barco pasó por Chumico. Era como si el resto del mundo se hubiera olvidado de su existencia. Finalmente, una tarde de diciembre de 1903 llegó al pueblo un bongo caracaballo procedente de la capital con la noticia de que la guerra había terminado y que el Istmo de Panamá era una República independiente. Ese mismo día Ah Sing mandó a Romualdo río arriba con un mensaje.

—Ya pueden regresar. Se acabó la guerra. Panamá pertenece ahora a los Estados Unidos. . .

. . .—Y pensar que nos quedamos en Chumico Arriba más de dos años sin enterarnos de nada —contaba Felicia años más tarde—.

Allá en el monte vivíamos como si fuera el fin del mundo. A veces pasaban meses sin que llegara un alma a visitarnos. La guerra se había terminado, los liberales perdieron y hasta fusila-

ron al General Victoriano Lorenzo y nosotros sin enterarnos. . .

—Abuelita, es verdad que por allá hay tigres grandotes que se comen a la gente?—

—Tigres inmensos y caimanes hijito. Más de una vez me tocó espantarlos para que no se llevaran a los niños desobedientes—.

—Mi papá me va a comprar una escopeta para las Navidades y me voy a cazar tigres al monte cuando la tenga. Vente conmigo abuela para que me digas en dónde están—.

—Está bien, está bien. Pero ahora acuéstate que ya es tarde y mañana tiene escuela—.

—No sea así abuela. Cuénteme otra vez cómo fue que el abuelo Juancho venció a los soldados colombianos que invadieron el pueblo—.

—Mañana seguimos con las historias que ya es tarde. Hasta mañana y que Dios lo bendiga—. Apagó la lámpara de un soplo dejando al chiquillo en la oscuridad.

—Hasta mañana abuela. No se olvide contarme la historia del abuelo— le dijo el niño soñoliento.

XXIII

Cuando regresaron de Chumico Arriba encontraron el pueblo casi en ruinas. Las pocas casas que quedaban en pie tenían enormes boquetes en los techos por el impacto de los cañonazos. La lluvia se había encargado de destruir el resto. Poco a poco fueron reparando las humildes viviendas. Sin herramientas, se les dificultaba aún más el trabajo; los soldados habían arrasado con todo. Por primera vez Ah Sing les dio crédito en la tienda y mandó a fletar un barco de San Miguel para que trajera las necesitadas herramientas y víveres. Precavido como era, el chino había depositado su plata en San Francisco a través de las gestiones de la Sociedad China y el Consulado Americano en Panamá. Con la ayuda de Felicia y Leonor, Carmen se dedicó a organizar la escuela nuevamente. Era muy importante que la juventud de la nueva República aprendiera a leer y escribir. En ese punto todos estaban de acuerdo. Todos los hombres trabajaban febrilmente reconstruyendo el pueblo, mientras unos pescaban para comer, otros sembraban maíz, yuca y arroz que necesitaban para alimentarse.

Tenían que levantarse otra vez y pagarle al chino lo que le debían. Olvidadas quedaron las rencillas familiares y con ahínco se dedicaron a la enorme tarea que tenían por delante.

A mediados de 1904, el gobierno central ya organizado envió una comisión a todos los pueblos del área explicando la nueva Constitución que se estaba elaborando. Por órdenes del Presidente Amador Guerrero se nombraría a todos los funcionarios públicos del área incluyendo a los Alcaldes. Chumico quedaba a la par de San Miguel al ser señalado como Distrito, lo cual llenó de orgullo a los habitantes del pueblo.

—Ya era hora que reconocieran que somos importantes — decían orondos.—

—Mientras eso no signifique que tengamos que pagar más impuestos — murmuraban los cautelosos—.

Sobre Manuel recayó el cargo de Alcalde con la anuencia de todos. Era el único veterano de la guerra que quedaba en Chumico y además después de librarlos de los soldados colombianos, casi un héroe. Los políticos permanecieron en el pueblo una semana en medio de festejos y discursos patrióticos que muchos no acababan de entender. A doña Matilde la condecoraron en nombre del Presidente de la nueva República por la herida recibida a manos del Teniente Jaramillo. Carmen fue nombrada otra vez maestra del pueblo y prometieron mandarle materiales de enseñanza y libros que nunca llegaron.

—No comprendo esto de la independencia — decía Juancho perplejo— No es que me gusten los colombianos, al contrario: bastante mal nos han hecho. Pero me huele que hemos cambiado un amo por otro.

—No seas pesimista Juancho, —le decían los otros—. Debemos estar orgullosos de ser libres e independientes.—

Pero, ¿cómo es que perdimos la guerra con los conservadores y ahora nos conceden la independencia? —¿Qué tienen que ver los americanos en todo esto? Yo no acabo de entender —Nos dicen

que ahora los conservadores y liberales se han unido en la capital para apoyar la independencia.—

La reunión tenía lugar debajo de la casa de Juancho mientras los hombres reparaban las redes, unos días después de la partida de la comisión del gobierno

—Estoy de acuerdo con Juancho —añadió pensativo Manuel— Todas esas explicaciones que dieron acerca del tratado de paz de los conservadores con los americanos de por medio. Y luego, a pesar de todas las garantías agarraron al General Victoriano Lorenzo y sin más lo fusilaron. Ahora dicen que el doctor Porras regresó y lo nombraron en un puesto en el gobierno. — ¡Y eso que nos abandonó durante la guerra! Los americanos van a seguir con las excavaciones del Canal y me parece que poco a poco se irán apoderando de todo el país.—

Siguieron trabajando en silencio, cada uno perdido en un mar de conjeturas.

—Bueno: por lo menos yo trataré de ser un buen Alcalde — dijo Manuel finalmente. Tenemos que reconstruir a Chumico y cuanto antes mejor. No dejaré que ninguna de nuestras familias pase hambre. ¡Eso sí les prometo. . .!

Con esas simples palabras comenzó Manuel Muñoz una carrera política que duraría toda su vida, teniendo siempre por delante los intereses del pueblo que lo habían escogido como dirigente de sus destinos.

XXIV

Con aire de duda la niña se queda mirando al anciano que sentado a su lado fuma su pipa en silencio.

—Pero abuelo, no me dijo usted el otro día que durante la batalla esa en que peleó le había caído encima el caballo del Presidente Porras?

—Sí, Carmencita, así fue.

—Pero por qué me cambia los nombres ahora y me dice que el caballo era de un tal Coronel Díaz? Por fin, ¿de quién era el caballo que lo apachurró?—

—Fue el caballo del Coronel Díaz hijita. A él le decían el caballero sin miedo y sin tacha. Porras no andaba ni por todas esas; no sé por qué habré mencionado su nombre—.

—Y eso qué quiere decir abuelo? Sin miedo y sin tacha. . . —

—Un hombre de honor. Un caballero en toda la extensión de la palabra—

— ¿Algo así como los tres mosqueteros? Ese libro me gustó mucho—.

—Más que los mosqueteros hijita, mucho más, El era de carne y hueso y murió como un héroe en el campo de batalla.

— ¿Y qué pasó con el montón de plata de ahí?

—Déjense de pelear que están muy grandes los dos. ¿Hicieron las tareas? —pregunta la mujer deteniéndose a colocar el maletín encima de la mesa.

—Sí mamá. Y dice abuelito que me va a llevar a Chumico en cuanto comiencen las vacaciones. A mí sola . . . —añade dirigiendo una mirada aviesa al hermano.

—Bueno, bueno. Ya veremos. No creo que tu papá te deje ir. El viaje es peligroso y allá no hay más que enfermedades y alimañas.

—Pero Mami. . . ! ¡No seas así Yo quiero ir con el abuelo.—

—No insistas más Carmencita. Estoy muy cansada y no tengo ganas de discutir tonterías. Pídele permiso a tu papá. Y no dejen que el abuelo queme la alfombra de la sala con esa condenada pipa. La última vez que estuvo aquí tuve que mandar a limpiar las cortinas para sacarles el olor a tabaco.

La cocina reluce con trastos eléctricos por todos los rincones. Impaciente la mujer entreabre la puerta del horno y atisba en su interior gritando malhumorada.

— ¡Eusebia. . .! El asado se está quemando otra vez. . . !

La empleada acude presurosa mientras la mujer se dirige a la recámara dando un portazo al cerrar la puerta tras de sí.

—¿Por qué será que mi mamá no quiere a mi abuelito?. . piensa la niña. —¿Por qué será?

XXV

A Chumico llegó un día Bernabela. Se bajó del chingo que la había llevado hasta la playa riendo alegremente mientras las olas batían la larga falda que con dificultad trataba de sujetar con una mano, dejando al descubierto un magnífico par de pantorrillas. Los hombres, que en la playa esperaban los botes, quedaron deslumbrados por el vaivén de las nalgas de la negra que a través del vestido mojado hasta la cintura se dibujaban en toda su perfecta redondez. ¡Par de guanábanas perfectas, redondas y firmes!

Dijo ser una sobrina lejana de Romualdo Pérez, el empleado de Ah Sing. Había enviudado durante la guerra y venía desde San Miguel a cuidar al tío que estaba muy enfermo. El viejo sufría de ataques de hidropesía y la había mandado a buscar al enterarse de que había quedado viuda. La mujer se colocó la tamuga de ropa que traía en la cabeza y balanceándose majestuosamente subió por la playa hasta llegar a la tienda del chino.

—Perdone usted —podría decirme en dónde vive el señor Romualdo Pérez? Yo soy su sobrina y he venido a cuidarlo—. Un destello de animación brilló en los ojos de Ah Sing al notar la exuberante belleza de la negra que con las manos en la cintura lo interpelaba.

—Romualdo vive allá, —le contestó, señalando una casita cercana. Se levantó del taburete ofreciendo ayudarla con su carga.

—No señor, muchas gracias. Soy fuerte y este bulto pesa poco—.

Sonrisas de despedida que enseñaban una hilera de dientes perfectos y una rosada lengua que coqueta se asomaba entre los labios en son de adiós.

Se instaló en la casa del tío a quien comenzó a cuidar como a un hijo. El viejo casi no podía moverse por los dolores que lo sacudían y ella lo cargaba hasta la hamaca, acostándolo de cara al sol en el patio. A la hora de la novena lo llevaba en vilo hasta la iglesia porque el viejo, asustado por la enfermedad, suspiraba oraciones a todas horas, convencido de que el milagroso Cristo le podía devolver la salud perdida. Al verla cargando al tío como si fuera un niño, las mujeres escandalizadas la criticaban constantemente con la tenacidad de los que han perdido para siempre la ternura. Bernabela se bañaba en el mar todos los días con la marea llena. Alegre jugaba con las olas brincando, dando gritos de placer y luego cuando salía del agua, la ropa mojada dibujaba cada curva y misterio de sus amplias caderas y de aquellas nalgas redondas, ¡redondas!.

—¡Habrás visto desvergonzada. . .! — vociferaban las mujeres.

—Parece una Diosa de ébano — suspiraban unos cuantos.

—Esto es un verdadero escándalo — anunció Felicia a Leonor.

Los hombres se las arreglaban para estar cerca de la playa

cuando Bernabela se estaba bañando, ansiosos de contemplar a la mujer aunque fuera de lejos. La negra seguía su vida apartada, cuidando del tío a pesar de que muchos en el pueblo intentaban acercarse a ella con cualquier pretexto. A todos saludaba con una sonrisa y un buenos días en los labios pero con ninguno se entretenía. Por las tardes subía hasta el chorro a enjuagarse el agua salada del cuerpo, balanceando una enorme tinaja en la cabeza. Al verla pasar, las mujeres les torcían los ojos sin contestar su saludo, celosas de la belleza de la mujer y la atención que despertaba en todos los hombres del pueblo, solteros o casados.

— ¡Sobre todo los casados! ¡Ave María Purísima! ¡ Santo Cristo de Chumico, ten piedad de nosotros! — rezaban las beatas mirando de reojo a Bernabela que, acompañada del enfermo, no se perdía una sola novena.

Hasta los hombres que jamás habían sido muy devotos del Cristo comenzaron a asistir a los rezos vespertinos.

— Esto es una vergüenza. . . . — dijo Leonor a doña Matilde — ¿vio usted cómo se levantó la falda cuando se arrodilló? Se le vieron hasta los muslos. . . —

— Dicen que el hijo mayor de Juancho anda loco detrás de ella— musitó Matilde —pero ni lo determina—.

— No es el hijo de Juancho el único que anda como un perro detrás de ella. ¡Que Dios me perdone. . . ! Manuel, Juancho y cuántos más nunca están lejos de la playa cuando sube la marea. Haciéndose los ocupados se ponen a arreglar los chingos y las redes con el ojo puesto en esa negra sinvergüenza que brinca en el mar como si fuera una chiquilla—.

— Qué barbaridad! Me da pena con la pobre Carmen. —

— Lastenia está que arde de la rabia. Ya amenazó con darle una arrastrada como siga coqueteándole a Manuel.

— Ella sí se atreve. . . Ahora que Manuel pasa tanto tiempo

con ella ya se siente más dueña del hombre que la propia esposa. . .

—A mí me parece que Bernabela no es tan mala como ustedes la pintan. Miren lo bien que cuida del pobre Romualdo—.

—Demasiado bien diría yo. . .!—

— ¡Qué cosas dice usted Leonor. . .! No hay porqué minorar la caridad de la mujer.

—Usted la defiende porque no es su marido el que anda detrás de las nalgas de esa mujerzuela. — añadió indignada. — Lo que más me molesta es el desparpajo que tiene saludando a todo el mundo como si nada. La muy hipócrita. . . —

Así interminablemente, las comadres del pueblo criticaban a Bernabela sin que ésta se diera por aludida. ¿Y los hombres? Cada vez que ella pasaba por un grupo quedaban todos cuchicheando y los suspiros levantaban remolinos de arena en la playa. Los más osados trataron de caerle en gracia por todos los medios. Algunos silbaban suavemente al verla pasar y el hijo de Ignacia, que a pesar de ser un vago tenía algo de poeta, le compuso un tamborito que de noche le cantaba acompañado de guitarra sentado en el atrio de la iglesia. Hubo quien se atrevió a pellizcarle la nalga un día cuando la mujer salía del mar de su baño diario. El bofetón que Bernabela le propinó al lujurioso fue tan fuerte que le tumbó dos dientes y una muela. El desgraciado se alejó corriendo por la playa escupiendo sangre mientras el resto del corrillo se moría de una risa teñida de respeto por la negra que tan bien se defendía.

XXVI

—Niña Carmen, puedo hablarle un minuto?—?— Sorprendida por la visita Carmen miró a Bernabela que tímidamente había entrado a la escuela en donde la maestra trabajaba hasta tarde corrigiendo unos trabajos.

—Pase usted. En qué puedo servirle?—

—Soy Bernabela Mendoza, la sobrina del Señor Romualdo.

—Sí, lo sé. He oído hablar de usted.

—Niña Carmen, usted cree que sería posible que yo asistiera a la escuela? Quisiera aprender a leer y escribir y sobre todo a contar bien. En San Miguel solo fui a la escuela un año cuando estaba chica pero mi papá me sacó porque éramos muy pobres y tenía que ayudar a cargar leña para vender. Después me casaron joven y me quedé con las ganas de aprender.

Desconcertada por la petición, Carmen quedó pensativa mientras estudiaba el rostro ansioso de la mujer que tenía enfrente. Aunque ella jamás participaba en las tertulias de chismorreos de las otras mujeres, ya estaba enterada de las cosas desagradables que se comentaban acerca de la sobrina de Romualdo. Estuvo a punto de negarle su petición, pero la mirada límpida y sincera de

te la novena.

—Ave María Purísima, sin pecado concebida. Ora pro nobis.—

— Santo Cristo de Chumico, ten piedad de nosotros.—

—Me han dicho que ahora le limpia la tienda al chino y hasta ayuda a despachar.—

—Santísima Trinidad, protégenos del pecado.—

— Joná la detesta. Le ha limpiado la trastienda y le botó la hamaca en que dormía porque dizque estaba llena de chinches y piojos.—

— Mater Castissima, Ora pro nobis.—

— Ayer fui a la tienda a buscar unos hilos y allí la vi detrás del mostrador.—

— San Pedro y San Pablo. . . ¡No puede ser!—

— Ah Sing que tenga cuidado. Esa mujer le va a sacar hasta el último centavo.—

— San Antonio bendito. . . ¡Qué desfachatez. . . !

— ¡Se han fijado en la escotadura de sus vestidos? Cada vez que se inclina un poco se le ve hasta el alma.

—Santísima Trinidad, ten piedad.—

La tienda del chino progresaba. Bernabela obligó a Joná a blanquear los viejos tablones de la entrada y mantenía el piso y el desvencijado mostrador tan limpios que parecía otro lugar. Poco a poco mandó a buscar a la capital mercancía que jamás el chino había traído antes. En los anaqueles aparecieron peinetas de colores, sedosos pañuelos de cabeza, collares y cintas de terciopelo, jabones de olor, perfumes y otros lujos poco frecuentes en la

única tienda de Chumico.

Bernabela mandó a Joná a la montaña donde sus parientes chocoes, cargado de mercancía que cambiaba por valiosas pieles y hasta pepitas de oro; nunca antes hubo tanta actividad en la tienda. La gente entraba y salía a todas horas intercambiando mercancía y cosechas con el chino que había contratado permanentemente un barco para que le llevara y trajera carga de Panamá. El Almacén de Ah Sing se convirtió en el centro social obligatorio del diario de las mujeres. No pasaba un día sin que se congregara allí a revisar las telas y chucherías que aparecían por arte de magia en los estantes. Bernabela permanecía en su puesto detrás del mostrador atendiendo a los parroquianos alegremente, excepto la hora que pasaba en la escuela aprendiendo a leer. De noche, se quedaba hasta tarde conversando con el tío Romualdo, que gradualmente se recuperaba de sus achaques. Una mujer feliz y trabajadora, comentaban los hombres mientras se la comían con los ojos.

— ¡Qué diera yo por tener una mujer así! —suspiraba más de uno— la mía rezonga a todas horas y por cualquier tontería me arma un escándalo.

La presencia de Bernabela fue así alterando, día tras día, los nervios y costumbres de los Chumiqueños. La noticia corrió un día por el pueblo con la velocidad del chisme esperado. ¡Bernabela había amanecido en la tienda con el chino! Oronda, ella misma había abierto las puertas temprano y se puso a barrer la entrada como queriendo que la vieran bien todos. Colgado al pecho con un cordón de seda llevaba el ábaco compañero inseparable de Ah Sing desde su llegada al pueblo hacía más de veinte años. ¡La muy desvergonzada. . .! Mira que amancebarse con un chino que tenía más de cincuenta años de edad. . . Casi podía ser su padre.

—Lo ha hecho por cogerle la plata— afirmaban moviendo la cabeza en señal de reprobación.

—Y con la pobre china acabada de enterrar, como quien

dice. ..

—Virgo Fidelis, Ora pro nobis.-

—No exagere usted. La china ya tiene más de cinco años de muerta.-

—Pues a mí me parece que fue ayer. Una mujer que se muere de parto merece un luto de diez años por lo menos. . .

—Regina Martyrum, Ora pro nobis.

—No diga eso Leonor. . . Es demasiado. .

—Refugium peccatorum, Ora pro nobis.

— ¡Qué suerte la de ese condenado chino! ¡Ay, compadre, qué desperdicio! . . Esa mujer lo que necesita es un hombre de verdad.—

—¿Y quién le ha dicho a usted que los chinos no son hombres de verdad? Me han contado que en la China hay más gente que en ningún país del mundo y le aseguro que no nacen de semillas. . .

—Ahora seguiremos con el trisagio en honor a la Santísima Trinidad,— anunció Felicia mirando con severidad a los chismosos.

—Usted sabe a lo que yo me refiero compadre. Ah Sing está muy viejo para ese tronco de hembra. Yo pensaba que al final Don Manuel se ganaba esa prenda.-

—Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. . .-

—No creo que le dure mucho el entusiasmo con Ah Sing
¡Una mujer tan hermosa!

—Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. . .-
Esos fueron los novenarios más concurridos en la historia del pueblo
¡Gente muy devota esos Chumiqueños. . . !

